



Kasekamp, Andrés. *Historia de los estados bálticos*, Barcelona, Bellaterra, 2016, 296 pp.

La desintegración de la Unión Soviética funcionó como catalizador de múltiples procesos de reinterpretación y recreación del pasado a varias escalas, directamente influidos por las necesidades del presente (consolidar los nuevos estados) y una reacción contra el pasado reciente (en el caso de los países bálticos conllevó la restauración simbólica de la Estonia del periodo de entreguerras, la reducción de la experiencia soviética a un lapsus y la romantización folklórica del pasado decimonónico). La publicación en 2010 (originalmente en inglés por Palgrave Macmillan) del libro de Andrés Kasekamp hay que situarla en este marco postsoviético, a pesar de las dos décadas que habían pasado desde que la República de Estonia recuperase su independencia. De hecho, otros dos volúmenes con una vocación similar salieron de forma paralela (Plakans, en 2010 y Purs, en 2012).

Los tres libros presentan una nueva interpretación de la historia de la región para un público internacional, lo que hay que entender en referencia tanto al pasado más inmediato como al tiempo presente –Estonia, Letonia y Lituania, miembros de la Unión Europea y de la OTAN–. En esas sociedades, la independencia significó una reapropiación de un pasado nacional reprimido y rescrito de acuerdo con los principios del régimen soviético. Por eso, como evidencia Kasekamp, la reinterpretación del pasado ha sido un campo de batalla más que retórico en esta región. Y lo ha sido a nivel interno (lo cuál ha conllevado la marginalización de la minoría rusoparlante) y a nivel geopolítico (en relación al gran e imprevisible vecino ruso y a la capacidad de influencia de estos pequeños países en la Unión Europea).

Así, los nuevos estados independientes necesitaban narrativas de legitimación; también la generación que ha copado durante décadas los altos puestos de los mismos. De acuerdo con Marek Tamm (2016), los primeros líderes de la restaurada República de Estonia eran en su mayor parte historiadores, los cuáles utilizaban expresiones como “restaurar la verdad” y “recuperar el control de Estonia sobre su pasado”. Así, no simplemente se reconstruyó la historia de estos países, sino que también hubo un ejercicio de construcción, presentando el pasado en una forma novedosa (Lagerspetz, 1995). La historia fue reinterpretada y el pasado reescrito, no sólo para crear comunidad y legitimar el poder, sino también para atraer turistas e inversores (Pozniak, 2015).

En el aspecto internacional, y como ha explicado bien Maria Mälksoo (2009; 2014), la experiencia socialista ha sido utilizada por los gobiernos bálticos como capital simbólico para conseguir un mayor reconocimiento y peso político. Esto se debe a dos motivos, por un lado el tratamiento que éstos países han recibido de sus colegas occidentales, tras ser reducidos a ‘junior partners’ – buenos estudiantes que debían hacer los deberes y aceptar acervos legales y teorías económicas con simpatía. Por otro, la necesidad existencial de conseguir que los países occidenta-

les mantengan un nivel de presión alto sobre Rusia, y de ahí exigencias como que Moscú reconozca tergiversaciones históricas de la URSS (por ejemplo la masacre de Katyń), y se disculpe por ellas.

Como el título de esta reseña indica, la rescritura histórica en las sociedades bálticas no está acabada sino en proceso. Para complementar esta contextualización, hay que apuntar también hacia el pasado y el futuro, además de su interrelación. Durante la época soviética, la complementación y reinención de la historia fue relativamente frecuente, lo que conllevó un extendido descrédito de los historiadores y de la versión oficial de la historia (Faraldo, 2003). Esa asunción de que las formas históricas movilizan los sentimientos de la sociedad y son más importantes que el contenido (o exactitud) ha continuado en Rusia, pero no en Estonia, donde la reinterpretación histórica se ha hecho a través de museos, sustitución de monumentos y leyes (Martínez, 2016), además de estudios serios como el de Kasekamp. En cuanto al futuro, o específicamente, el factor generacional, los cambios demográficos están convirtiendo en obsoletos la búsqueda de legitimación en base pasado reciente y los juicios simplistas sobre el mundo soviético. Una nueva generación que no ha vivido la experiencia soviética y que ha crecido con referentes culturales globales muestra en Estonia una identidad más plural y un acercamiento al pasado más pragmático.

Al principio del libro, Kasekamp reconoce la dificultad de elaborar una narración histórica de un sujeto como los estados bálticos: “No son los «Estados Bálticos» con dos mayúsculas, como en Estados Unidos, ni tampoco la perezosa abreviatura «Bálticos», inspirada en el modelo de los «Balcanes»” (p. 9). Éste somero apunte ya indica sin embargo los tres principales desafíos del proyecto y que el autor solventa con claridad: (1) Elaborar un panorama comprensible de una historia regional, que tiene sentido desde el presente; (2) Desarrollar un trabajo histórico transnacional y comparativo; (3) Introducir reflexiones sobre los límites y condicionantes de escribir dicha historia.

Kasekamp no sólo hace comprensible una historia relativamente compleja, sino que además explica por qué el mismo concepto de “estados bálticos” es arbitrario y aun así necesario para entender el pasado de esta región en nuestros días. De hecho, dicho concepto es una creación del siglo XX – en el cuál los tres países adquirieron la independencia, fueron ocupados por la Alemania nazi y la Rusia soviética, y acabaron por independizarse y acceder a la Unión Europea–. Por lo tanto, éste concepto artificial que esconde grandes diferencias también indica ciertas similitudes: la trágica experiencia moderna hacia un estado soberano y la vecindad con grandes potencias.

El libro, organizado en ocho capítulos, un prólogo y una cronología, abarca varios miles de años de historia, aunque más de la mitad de las páginas se centran en los dos últimos siglos. Al principio, el autor nos muestra que los territorios poblados por varias tribus no tenían relación directa con los actuales estados, y mucho menos las fronteras, de Estonia, Letonia y Lituania. Añade además que entre “los últimos paganos de Europa” el cristianismo fue forzado a estonios y letones, y sin embargo bien recibido entre los lituanos. Las cuatro lenguas autóctonas de la región (estonio, livonio, letón y lituano) no sólo tienen raíces muy diferentes, sino que han convivido también con otras ‘mayores’ como el sueco, el alemán o el ruso, países que han controlado la región durante siglos (un control multidimensional: política, económica, militar y culturalmente). En este sentido, y en consonancia con las teorías postcoloniales, los estados bálticos podrían ser entendidos como subalternos a lo largo de su historia moderna, otro motivo más para creer que el proceso de interpretación histórica en la región está lejos de ser concluido.

Para la edición en castellano, el autor ha actualizado el último capítulo, incluyendo acontecimientos hasta finales de 2014. Éste último capítulo, en el que trata las últimas décadas, es el más problemático en mi opinión, ya que en parte reproduce el anti-paradigma ideológico postsocialista de su generación. Por ejemplo, el autor escribe que: “La integración de la sociedad estonia sufrió un varapalo en 2007, cuando la reubicación de un monumento al Ejército Rojo en Tallinn provocó la revuelta de las juventudes rusoparlantes. Para la mayoría de los estonios, la estatua simbolizaba un hito de la ocupación, pero la mayoría de los rusoparlantes lo interpretó como una conmemoración a los caídos soviéticos” (p. 253).

Las claves que aporta el autor para entender el desplazamiento del soldado de bronce del centro de la ciudad a la periferia son incompletas y politizadas. Ni las protestas acaecidas en Tallin se debieron simplemente a una “revuelta de las juventudes rusoparlantes” ni tuvo como consecuencia el complicar “la integración de la sociedad estonia”. Muy por el contrario, dichos eventos hicieron visible un problema latente de marginación que los sucesivos gobiernos habían decidido ignorar. Como explica Andres Kurg (2009), el desplazamiento del soldado de bronce significó una reducción del espacio público en Estonia, restringiendo la posibilidad de versiones alternativas de la historia y memorias diferentes a la oficial (dicha medida electoralista coincidió además con el proyecto de reordenación de la Plaza de la Libertad a pocos metros); asimismo, la recolocación del monumento eliminó uno de los principales puntos de encuentro en el centro de la ciudad para aquéllos que viven en la periferia. En este sentido, las protestas tuvieron un fuerte componente social, y no sólo étnico y generacional.

Por otra parte, el autor pasa de puntillas sobre la discriminación de casi un tercio de la población en Estonia y Letonia por una noción excluyente y puritana de nacionalidad; inmigrantes del periodo soviético y sus descendientes (Kasekamp los denomina “colonos”) se quedaron sin ciudadanía por la “ideología de la restauración” imperante (Tamm 2016). Todavía, en Letonia hay un 12% de la población con pasaporte gris, o lo que es lo mismo 257.377 personas nacidas en este país que no han accedido a la ciudadanía, mientras que en Estonia el porcentaje actual es del 6.1%, casi 100.000 personas. Una realidad subestimada que emergió como una consecuencia temporal y colateral de la ruptura política y se ha convertido en una zona gris permanente e invisible (Harboe Knudsen y Demant Frederiksen, 2015).

Otra descripción inexacta a mi juicio del autor es el atribuir a “Rusia” (se generaliza a lo largo de todo el capítulo como si el gobierno de Putin y el país fuesen lo mismo) toda la responsabilidad de que Estonia y la Federación Rusa no hayan firmado aun el tratado que reconoce la línea fronteriza entre ambos países (de hecho prevalece la frontera de 1957). Éste asunto ha adquirido tintes de telenovela, ya que cuando Tallin está de acuerdo Moscú pone pegas y viceversa. El último episodio ha sido el preámbulo que el parlamento estonio añadió al tratado cuando ya estaba en última lectura. Dicho preámbulo introduce una referencia legal de continuación respecto al Tratado de Tartu de 1920, lo cual podría abrir la puerta a la reclamación de compensaciones por parte del actual estado estonio (por la ocupación soviética) que podrían incluir el territorio de Ivangorod.

Al final, cualquier interpretación de las dinámicas contemporáneas es más discutible que aquéllas que se refieren a un pasado remoto. Es más difícil también desprendernos de nuestra ideología y tomar una distancia adecuada con instituciones o redes de intereses que eventualmente pueden influir nuestros puntos de vista. No hay

que dejar de leer este libro aun así. Es un trabajo minucioso que quedará como un referente ineludible para entender los cambios históricos de la región.

Francisco Martínez  
Academia Estonia de Arte  
pacomartinez82@gmail.com